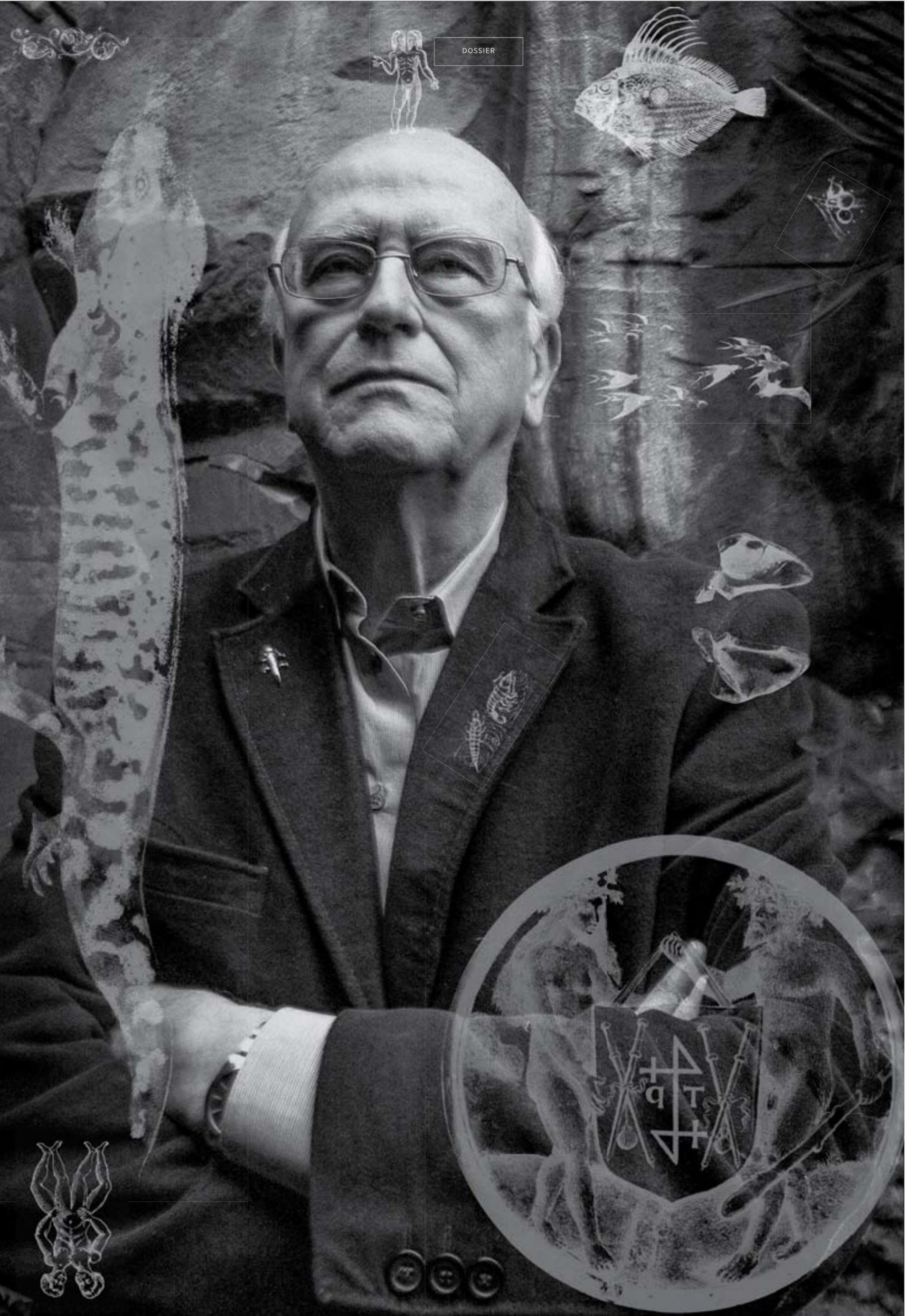


# EL ANTROPÓLOGO ANTE EL ESPEJO ROGER BARTRA



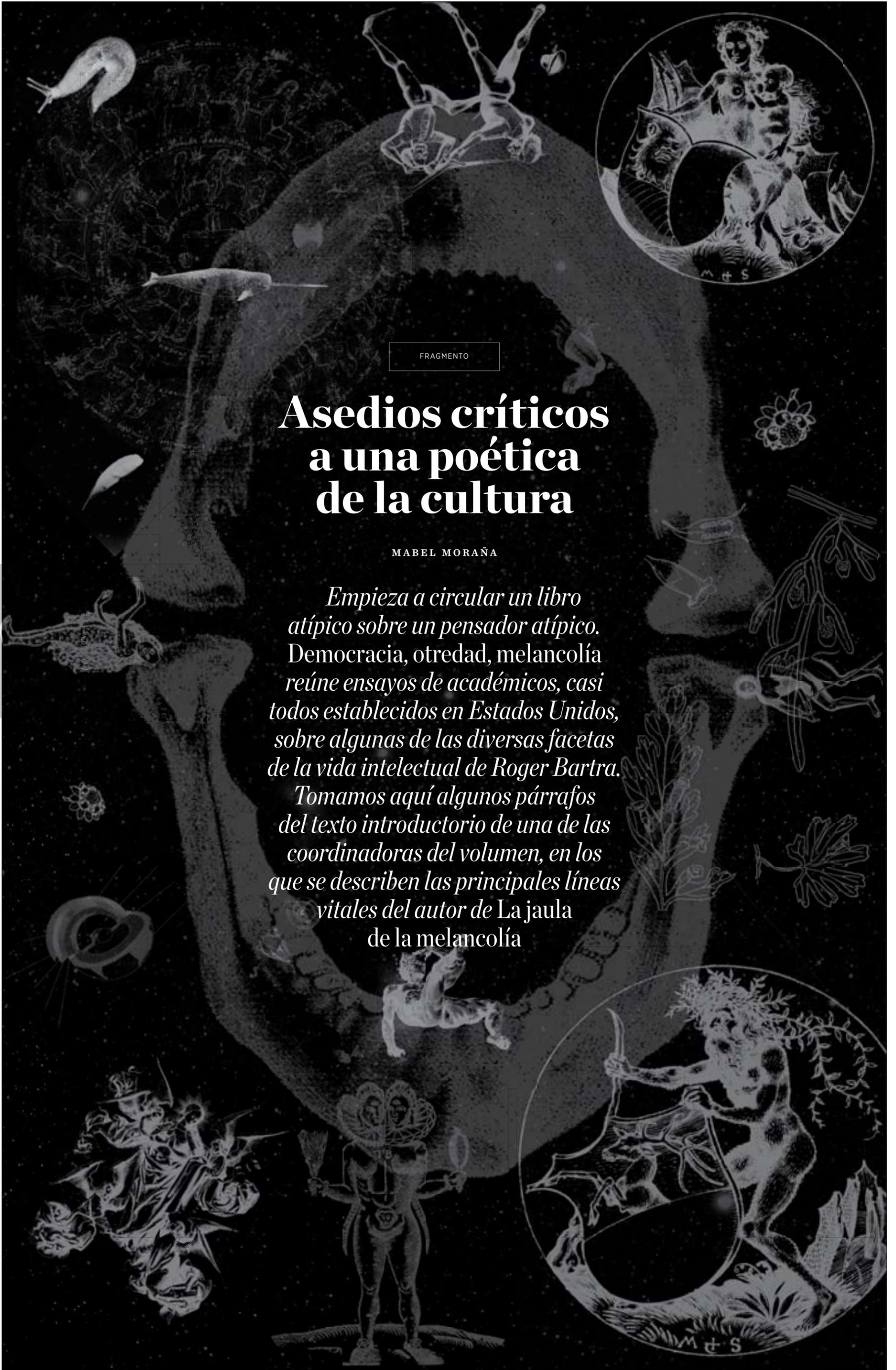
DOSSIER

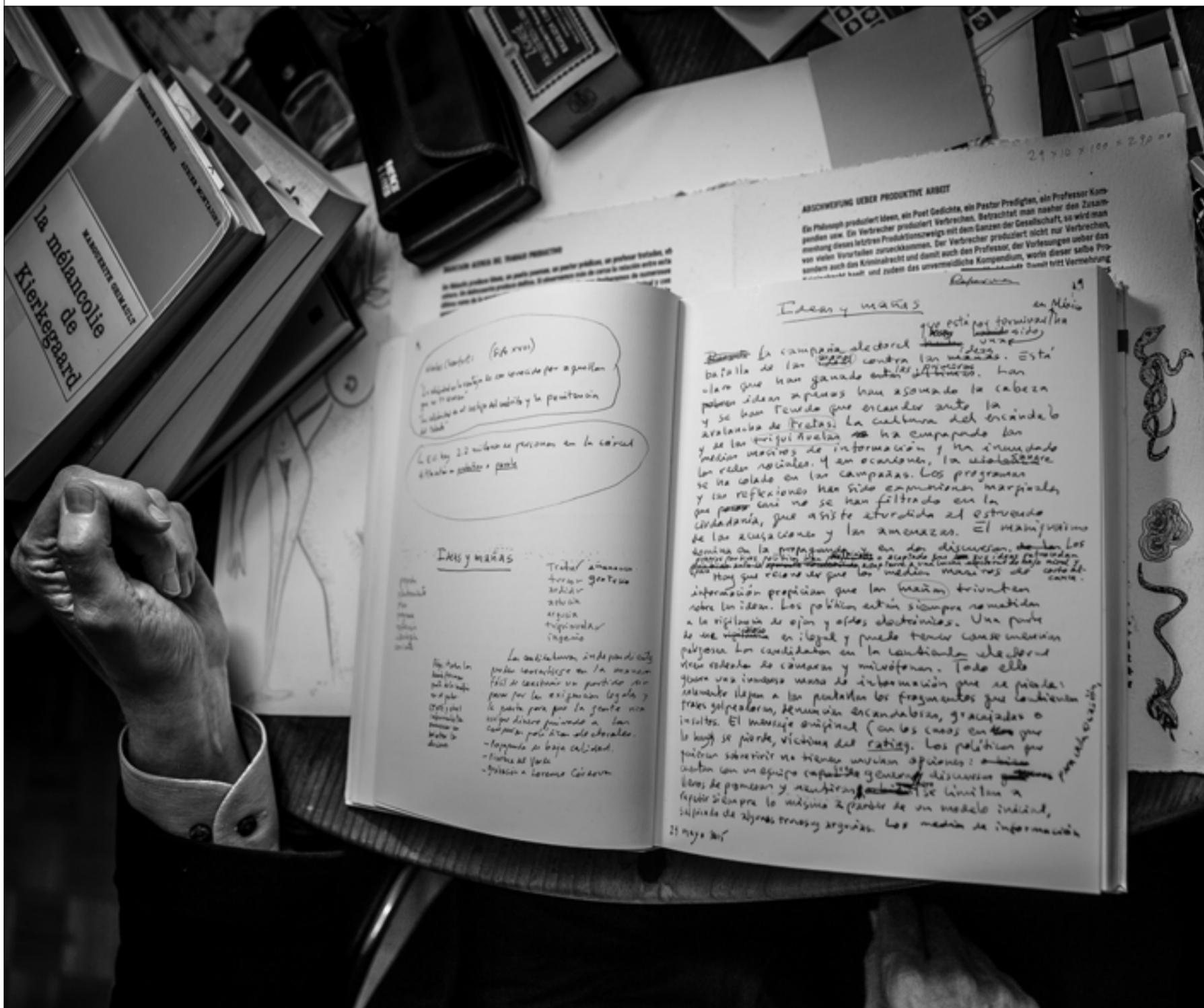
FRAGMENTO

## Asedios críticos a una poética de la cultura

MABEL MORAÑA

*Empieza a circular un libro atípico sobre un pensador atípico. Democracia, otredad, melancolía reúne ensayos de académicos, casi todos establecidos en Estados Unidos, sobre algunas de las diversas facetas de la vida intelectual de Roger Bartra. Tomamos aquí algunos párrafos del texto introductorio de una de las coordinadoras del volumen, en los que se describen las principales líneas vitales del autor de La jaula de la melancolía*





Copiosa, innovadora y multifacética como pocas, la obra de Roger Bartra (México, 1942) constituye uno de los hitos indiscutidos del pensamiento latinoamericano. Construida a partir de la superación de fronteras disciplinarias como una extensa reflexión acerca de las teorías y prácticas políticas, la producción simbólica, los modelos epistemológicos y los mitos que articulan el pensamiento occidental, la amplia exploración de la modernidad desarrollada por este autor incursiona en las artes visuales y la filosofía, la ciencia y los avances tecnológicos, la ideología y la literatura, conectando con sofisticación y originalidad campos tradicionalmente compartimentados de inquisición y análisis. En un estilo humanístico, totalizante, por momentos poético y al mismo tiempo fuertemente afinado en la realidad circundante, el pensamiento bartreano concibe todos estos dominios del saber y la acción colectiva como aspectos inseparables e integrales de la aventura humana.

Aunque académicamente la obra de Roger Bartra revela siempre la sólida formación sociológica, histórica y antropológica que adquiriera en México y en Francia, tanto su erudición como sus variados intereses intelectuales y su original metodología rebasan ampliamente los protocolos de esos campos de estudio. Su condición multicultural (catalán, hijo de exiliados españoles, residente temporal en Venezuela, Inglaterra, Francia y Estados Unidos) sin duda contribuye a estimular la voracidad intelectual del crítico y su capacidad de incorporar perspectivas múltiples y variadas experiencias de vida a la interpretación de la cultura.

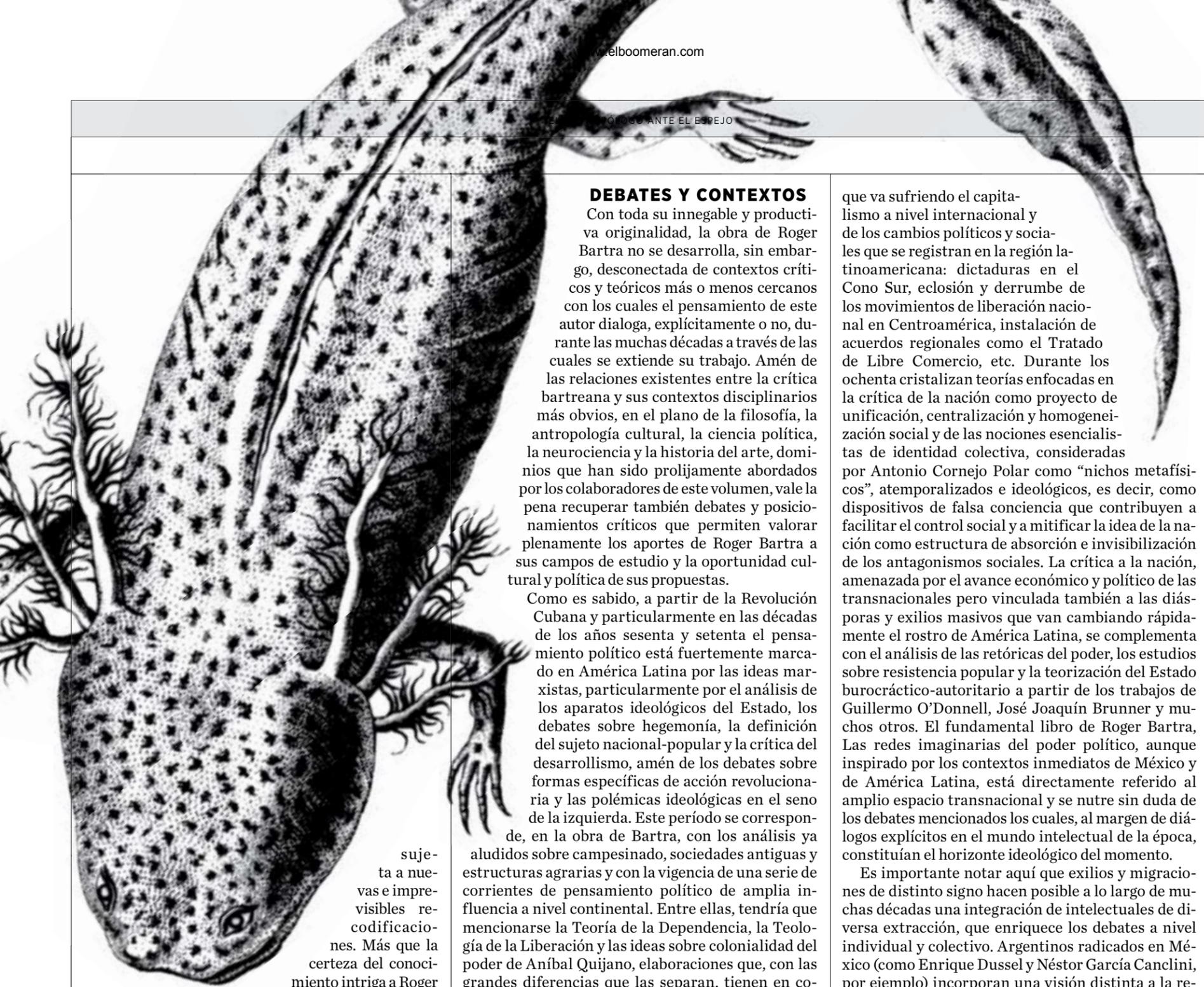
Habiéndose graduado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la UNAM en 1967 Roger

Bartra obtiene la titulación como profesor de antropología en esa misma institución y termina su doctorado de sociología en la Sorbonne. Se especializa inicialmente en arqueología para dedicarse luego a la antropología social. Realiza trabajo de campo sobre campesinado y poder político en varios países latinoamericanos, complementando luego su formación con estudios sobre mitología, historia europea y cultura grecolatina. Su orientación humanística dialoga productivamente con su sólida formación en ciencias sociales y con su constante preocupación por temas políticos, etnográficos y de historia cultural. Definido como un “etnógrafo del presente”, Roger Bartra realiza aportes fundamentales a sus campos de estudio y contribuye a redefinir la concepción misma del saber y de la función intelectual en los escenarios culturales y políticos de nuestro tiempo.

Con la pasión de un verdadero militante de la crítica, Roger Bartra incursiona tanto en territorios temáticos centrales en la historia cultural de Occidente como en espacios impuros y en muchos casos marginales con respecto a registros canónicos, rescatando para sí la tradición del intelectual público de larga trayectoria en América Latina. Su pensamiento no se deja atrapar en las restricciones de la especialización profesional ni se diluye en el impresionismo ensayístico; articula, más bien, los beneficios de la erudición con la elaboración de una perspectiva personal —independiente y subjetiva— que confiere a su escritura una textura única, tanto en el entramado de las ideas como en el del lenguaje. La suya es una obra premeditadamente heterodoxa y abierta, destinada a provocar un pensamiento capaz de ir más allá de convenciones y convencionalismos ideológicos.

Algunos tópicos reaparecen persistentemente en la obra crítica de Roger Bartra: la preocupación por la cultura nacional, el tema de la democracia, los procesos de (auto)reconocimiento social, particularmente las construcciones de identidad y alteridad en la mo-

dernidad, las relaciones entre nacionalismo y globalización, la diversidad de culturas y proyectos sociales en el interior de la nación-Estado, la conexión entre cultura, política y sociedad civil, las diferentes formulaciones del pensamiento utópico y los vínculos entre realidad, percepción y figuración simbólica. Sin embargo, el análisis bartreano está mucho menos centrado en la definición de categorías, tipificaciones o estructuras establecidas que en la identificación de procesos y desarrollos culturales e históricos. Su discurso crítico se organiza, en efecto, como una larga, diversificada pero orgánicamente construida reflexión acerca de las transiciones, rupturas y combinatorias que permiten vislumbrar la naturaleza fluida e inestable de lo real tal como éste es aprehendido a través de formas muy variadas de conciencia social. Su obra se concentra justamente en la naturaleza híbrida de los procesos y en la performatividad que asume lo social: la “condición anfibia” del mestizo, el estado larvario de la identidad mexicana simbolizada en la imagen del axolote, la teatralidad de la política, la extrañeza del Otro que define y al mismo tiempo pone en peligro las fronteras del Yo, el simulacro de la ideología, las mediaciones que atraviesan la sociedad civil y sustentan la cultura política, el fenómeno de la melancolía como un “mal de frontera” que se extiende entre cuerpo y espíritu conectando culturas, épocas y territorios existenciales, la construcción del salvaje como línea de fuga de las sucesivas modernidades que recorren la historia occidental. Interesa primariamente a Bartra la fugacidad y la teatralidad que consideramos inherentes a la cultura occidental desde la antigüedad y que asumimos como características exacerbadas de la vida moderna. Le seduce el despliegue de la anomalía y de la diferencia como resistencia a la normatividad y como búsqueda transgresora de instancias que rebasan el límite convencionalmente aceptado para el conocimiento. Su obra no intenta, por lo mismo, capturar el sentido sino afirmar su naturaleza proliferante y efímera, siempre



suje-  
ta a nue-  
vas e impre-  
visibles re-  
codificacio-  
nes. Más que la  
certeza del conoci-  
miento intriga a Roger  
Bartra la posibilidad de

abrir definitivamente las jaulas hermenéuticas y disciplinarias, principalmente las que caracterizaron durante muchas décadas a las ciencias sociales y a las humanidades, para dejar volar libremente el pensamiento, aunque ello pudiera acrecentar la precariedad del saber y reducir su valor de verdad y su universalismo. De hecho, el pensamiento crítico de Bartra no puede prescindir de un relativismo estratégico, que le permite respetar la especificidad de las culturas y diferir derrideanamente la construcción del significado. Al esencialismo y la totalización opone una práctica desmitificadora e historificadora, a partir de la cual las redes imaginarias del poder, sus mediaciones y subterfugios, quedan al descubierto.

La obra bartreana no se desarrolla, por supuesto, libre de controversias y polémicas. Su misma naturaleza abierta y plural deja espacio para la discusión de sus fundamentos teóricos y metodología, principalmente debido a la utilización de conceptos que se van reinscribiendo en contextos diversos, donde el contenido ideológico de las categorías utilizadas se ve constantemente refuncionalizado. Sus análisis se concentran sobre todo en el nivel de la representación (cultural y política) y se apoyan en las operaciones interpretativas que decodifican los entramados simbólicos de lo social y lo político explorando los usos de ideologemas, mitos y modelos de pensamiento a través de las épocas. Sus elaboraciones sobre modernidad, capitalismo y democracia, sus ideas sobre populismo, hegemonía y resistencia popular, no eluden el debate, sino que se sitúan justamente en el punto más álgido de éste, para poner en práctica, desde el ojo del huracán, una crítica destinada a deconstruir posicionamientos y nociones recibidas a partir de un discurso que aunque no se sustrae a desacuerdos y a cuestionamientos severos, no puede ser en sí mismo ni ignorado ni descalificado sin más. Los textos de Bartra constituyen así una sofisticada serie de propuestas finamente elaboradas sobre la naturaleza de la cultura política de nuestro tiempo y sobre los imaginarios que la sostienen, los cuales van modificándose históricamente de la misma manera que el pensamiento crítico va desarrollándose y definiendo nuevos objetivos y nuevas formas de percepción y análisis.

[...]

## DEBATES Y CONTEXTOS

Con toda su innegable y productiva originalidad, la obra de Roger Bartra no se desarrolla, sin embargo, desconectada de contextos críticos y teóricos más o menos cercanos con los cuales el pensamiento de este autor dialoga, explícitamente o no, durante las muchas décadas a través de las cuales se extiende su trabajo. Amén de las relaciones existentes entre la crítica bartreana y sus contextos disciplinarios más obvios, en el plano de la filosofía, la antropología cultural, la ciencia política, la neurociencia y la historia del arte, dominios que han sido prolijamente abordados por los colaboradores de este volumen, vale la pena recuperar también debates y posicionamientos críticos que permiten valorar plenamente los aportes de Roger Bartra a sus campos de estudio y la oportunidad cultural y política de sus propuestas.

Como es sabido, a partir de la Revolución Cubana y particularmente en las décadas de los años sesenta y setenta el pensamiento político está fuertemente marcado en América Latina por las ideas marxistas, particularmente por el análisis de los aparatos ideológicos del Estado, los debates sobre hegemonía, la definición del sujeto nacional-popular y la crítica del desarrollismo, amén de los debates sobre formas específicas de acción revolucionaria y las polémicas ideológicas en el seno de la izquierda. Este período se corresponde, en la obra de Bartra, con los análisis ya

aludidos sobre campesinado, sociedades antiguas y estructuras agrarias y con la vigencia de una serie de corrientes de pensamiento político de amplia influencia a nivel continental. Entre ellas, tendría que mencionarse la Teoría de la Dependencia, la Teología de la Liberación y las ideas sobre colonialidad del poder de Aníbal Quijano, elaboraciones que, con las grandes diferencias que las separan, tienen en común la intención de responder a la particular inflexión que presenta la lucha de clases en sociedades poscoloniales, donde la racialización iniciada con la colonización española y la perpetuación en la modernidad de estructuras coloniales de dominación, imprimen variantes ineludibles al desarrollo histórico y social.

Por esos años se desarrolla en México el pensamiento de Bolívar Echeverría, cuyos análisis del marxismo, fuertemente enraizados en la Teoría Crítica alemana y cuya desmitificadora lectura de la modernidad plantean en México una alternativa a la historiografía de las ideas (tal como la practican, por ejemplo, Leopoldo Zea y Luis Villoro) y al estudio monográfico de autores y de temas que sigue una orientación heideggeriana, existencialista o psicologista, según los casos. Sin coincidir plenamente con las propuestas de Bolívar Echeverría, Roger Bartra dialoga implícitamente con ellas —y con el mismo Echeverría— particularmente respecto a la concepción de los *ethes* que el filósofo ecuatoriano identifica en distintas etapas del desarrollo cultural de Occidente. Bartra se interesa, como Echeverría, en el desmontaje de aspectos particulares de la modernidad, vinculados al tema de la raza y a la interpretación de los desarrollos posnacionales que el filósofo ecuatoriano plantea en relación al tema del mestizaje y de la “blanquitud” y que Bartra trabaja en relación a culturas fronterizas. Bartra percibe, sin embargo, la necesidad de ahondar en el *ethos* romántico que Echeverría no enfoca sino hasta más tarde en su producción, quizá a partir de las sugerencias del antropólogo mexicano.

En un sentido similar, la obra bartreana intersecta con muchas de las direcciones que sigue la obra cronística y ensayística de Carlos Monsiváis, en cuanto a la valoración de la cultura popular, el uso de la ironía y el humor como herramientas para el análisis cultural, la identificación de estereotipos y “redes imaginarias” que naturalizan simbólicamente valores e intereses dominantes y el reconocimiento del desgaste que va sufriendo, paulatinamente, la sociedad civil, erosionada por la hipertrofiada función estatal.

El período que se extiende hasta la caída del bloque socialista integrará a la agenda nuevos tópicos, derivados principalmente de las transformaciones

que va sufriendo el capitalismo a nivel internacional y de los cambios políticos y sociales que se registran en la región latinoamericana: dictaduras en el Cono Sur, eclosión y derrumbe de los movimientos de liberación nacional en Centroamérica, instalación de acuerdos regionales como el Tratado de Libre Comercio, etc. Durante los ochenta cristalizan teorías enfocadas en la crítica de la nación como proyecto de unificación, centralización y homogeneización social y de las nociones esencialistas de identidad colectiva, consideradas por Antonio Cornejo Polar como “nichos metafísicos”, atemporalizados e ideológicos, es decir, como dispositivos de falsa conciencia que contribuyen a facilitar el control social y a mitificar la idea de la nación como estructura de absorción e invisibilización de los antagonismos sociales. La crítica a la nación, amenazada por el avance económico y político de las transnacionales pero vinculada también a las diásporas y exilios masivos que van cambiando rápidamente el rostro de América Latina, se complementa con el análisis de las retóricas del poder, los estudios sobre resistencia popular y la teorización del Estado burocrático-autoritario a partir de los trabajos de Guillermo O’Donnell, José Joaquín Brunner y muchos otros. El fundamental libro de Roger Bartra, *Las redes imaginarias del poder político*, aunque inspirado por los contextos inmediatos de México y de América Latina, está directamente referido al amplio espacio transnacional y se nutre sin duda de los debates mencionados los cuales, al margen de diálogos explícitos en el mundo intelectual de la época, constituían el horizonte ideológico del momento.

Es importante notar aquí que exilios y migraciones de distinto signo hacen posible a lo largo de muchas décadas una integración de intelectuales de diversa extracción, que enriquece los debates a nivel individual y colectivo. Argentinos radicados en México (como Enrique Dussel y Néstor García Canclini, por ejemplo) incorporan una visión distinta a la reflexión sobre cultura nacional, de la misma manera en que las ideas del boliviano René Zavaleta Mercado, las teorías del ecuatoriano Agustín Cueva y el mismo Bolívar Echeverría permiten perspectivas explícita o implícitamente comparativas en cuanto a temas como cultura nacional, mestizaje, indigenismo, desarrollo regional, etc. El nomadismo de las ideas, siguiendo el diapasón de las constantes re-territorializaciones dentro y fuera de América Latina permite interpretar así dinámicas nacionales y regionales, con una perspectiva no restringida a la contingencia de lo nacional. Las nociones de heterogeneidad, hibridez, abigarramiento y transculturación, que constituyen parte esencial del repertorio crítico-cultural desde las últimas décadas del siglo XX son esenciales para una conceptualización crítica y transdisciplinaria de la modernidad, así como para el desmontaje del pensamiento ilustrado, los “grandes relatos” del occidentalismo y los mitos del nacionalismo.

En la obra de Roger Bartra este hábito de transnacionalización intelectual es fundamental y distintivo, ya que su obra no solamente constituye un termómetro aguzado para medir la temperatura de los procesos mexicanos sino que se desarrolla a tono con corrientes de pensamiento e innovaciones metodológicas que la compacta cultura nacional mexicana no habría, quizá, facilitado de por sí. Aunque es posible que Bartra no haya conocido directamente algunas de las corrientes de pensamiento que vienen mencionándose, las cuales constituían, sin embargo, un contexto intelectual prácticamente ineludible que se hacía presente en debates, producción académica, encuentros intelectuales, etc., sus reflexiones sobre la condición posnacional abrevan, a mi juicio, de esas mismas vertientes, así como también de la experiencia social a partir de la cual las sociedades de América Latina se aproximan al final del milenio. Su propia experiencia de hijo de emigrantes, como han señalado algunos de los investigadores en los artículos que componen este libro, brinda una plataforma personal y directa para sus elaboraciones sobre los temas vinculados con la desterritorialización, la multiculturalidad, la transculturación, e inspira sus reflexiones sobre “pensamiento fronterizo”, epistemologías alternativas, nuevas subjetividades, culturas líquidas, etc. El comunicólogo espa-

*Su propia experiencia de hijo de emigrantes brinda una plataforma personal y directa para sus elaboraciones sobre los temas vinculados con la desterritorialización, la multiculturalidad, la transculturación e inspira sus reflexiones sobre “pensamiento fronterizo”, epistemologías alternativas, nuevas subjetividades, culturas líquidas...*

ñol-colombiano Jesús Martín-Barbero, con sus fundamentales investigaciones sobre variados temas que van desde el estudio de los medios masivos y la mediaciones ideológicas que se operan a través de los mismos, hasta tópicos vinculados a políticas culturales, usos del melodrama y circulación de mercancías simbólicas agrega sin duda una dimensión utilísima a la reflexión bartreana en cuanto a la diseminación de mensajes, valores y estrategias discursivas a través del lenguaje, la imagen o el performance. Tales conceptos están presentes, de una manera u otra, en el estudio de estereotipos culturales, la afición melancólica, la condición posmexicana, etc, y de modo más general, en la visión del antropólogo mexicano de la cultura como espectáculo y de la política como un teatro en el que se dramatiza, enmascara y reelabora el conflicto social.

En cuanto al tema de la melancolía, al margen de las relaciones que pueden establecerse con las ideas de Max Weber, las de Rey Chow y otros críticos que han utilizado la metáfora de la jaula y descubierto connotaciones similares al concepto bartreano, resulta claro que el espíritu del concepto remite tanto a las nociones weberianas de desencantamiento del mundo (donde la fe perdida ha dejado lugar al cientificismo y la burocratización) como al tópico del desencanto posmoderno, conceptos que recorren la obra de humanistas y especialistas en las ciencias sociales desde los noventa. A partir del libro clásico de Robert Burton, Anatomía de la melancolía (1621) y de múltiples elaboraciones posteriores de ese tópico, Bartra imprime una proyección ideológica, existencial y filosófica al concepto, profundizando y concretizando las ideas del clérigo inglés y haciéndolas converger con el pensamiento de Nietzsche, Foucault, Lyotard, Baudrillard, Bauman, Deleuze, Žižek y otros, en una síntesis original y productiva que sigue los lineamientos digresivos y satíricos del manual británico. Podría decirse que desde la década anterior ya la melancolía, de larguísima tradición en Occidente, se había convertido en una noción apropiada para caracterizar el espíritu de la época, principalmente en sociedades poscoloniales, a partir de la sensación de pérdida y desconcierto ideológico que resultaran del fracaso de la izquierda y de la falta de alternativas a los malhadados proyectos socialistas. El aporte principal de Roger Bartra es el de conferir a la melancolía la dimensión de una verdadera matriz de pensamiento, de fuerte carga emotiva, que captura el sentimiento que se vive en la vuelta del siglo. Bartra reconoce al comienzo de *Las redes imaginarias del poder político*, que como miembro de la generación del 68 escribe ese libro “con el amargo sabor del desencanto en la boca” y se pregunta: “¿Cómo practicar, ahora que muchos de nuestros modelos se ca[e]n en pedazos, la anatomía crítica de la sociedad industrial moderna?” Su estrategia consiste en la tarea de desentrañar los mecanismos de alienación masiva y en visibilizar el entramado simbólico que nutre el discurso de legitimación del poder y asegura su perpetuación y hegemonía.

En cuanto a la preeminencia de lo visual en la obra de Roger Bartra, es importante recordar el gran impacto que tuviera a nivel

internacional la publicación de *La guerra de las imágenes de Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*, de Serge Gruzinski, editada por primera vez en francés en 1990 y en traducción al castellano en 1994. La obra de Bartra, que integra ya desde el comienzo de la misma década el elemento visual como un registro que complementa y potencia el análisis discursivo, constituye en sí misma un archivo que a partir de procedimientos similares a los utilizados por Gruzinski, persigue a través de la figura del salvaje y del axolote, para aludir aquí solamente a los ejemplos más salientes, procesos fascinantes de metamorfosis y de resignificaciones históricas de esas imágenes ya emblemáticas de la crítica bartreana. Los proyectos civilizatorios implantados en el Nuevo Mundo, la colonización de los imaginarios dominados y los discursos de legitimación y resistencia al poder que se instala a partir de la independencia encuentran todos en el dispositivo de la imagen, tanto en la colonia como en la república, un elemento esencial para la construcción y perpetuación de la hegemonía y para la consecuente marginación de epistemologías subalternas, aunque como es obvio la imagen también consolida, en su propio derecho y en un registro paralelo, generalmente subalternizado por los discursos dominantes, los imaginarios de la resistencia y la contracultura.

Es en esta convergencia de discursividad lingüística y visual que se va definiendo, de obra en obra, una de las características más salientes de la obra bartreana: la elaboración de una poética cuyos elementos constitutivos apuntan al núcleo estético-ideológico de la cultura occidental, a sus momentos de intensificación y conflicto tanto como a las síntesis que cada época va elaborando de acuerdo con sus propios horizontes axiológicos y sus particulares modelos representacionales.

Finalmente, no puede dejar de mencionarse, al cerrar esta introducción al estudio crítico de la obra de Roger Bartra, la que es quizá una de sus más importantes contribuciones al campo del saber contemporáneo: el esfuerzo por realizar lo que ha sido en las últimas décadas el punto más alto de la agenda transdisciplinaria, resumido por Immanuel Wallerstein *et al.* en la consigna de “abrir las ciencias sociales”, idea ejemplarmente desarrollada en el libro del mismo nombre publicado bajo la coordinación del teórico del sistema-mundo en 1996. Al tiempo que desde las últimas décadas del siglo xx las distintas esferas del saber (ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades) admiten la superposición de sus dominios y metodologías, los objetos mismos de estudio reclaman perspectivas no compartimentadas, donde la distribución disciplinaria no pueda ejercer ya el sistema de control tradicionalmente implementado sobre la producción de conocimiento, abriéndose hacia nuevos campos del saber y repertorios cognitivos. Tal agenda, que tiene un exponente claro en el mexicano Pablo González Casanova y a cuya orientación se ajusta también la obra de Enrique Dussel, Bolívar Echeverría, Boaventura de Sousa Santos y otros, incluye, como meta, según indica el sociólogo portugués, el “reencantamiento del mundo”, no para revertir la noción weberiana de un mundo desencantado en el que ya no rigen verdades reveladas, sino para recuperar en su plenitud el proyecto de elaboración de un conocimiento emancipado de antiguos centralismos y jerarquizaciones epistemológicas en el que se venzan finalmente las oposiciones entre universalismo/particularismo, naturaleza/humanidad, mundo físico/mundo social, mate-

ria/mente, centro/periferia. La diversificada obra de Roger Bartra, desde los estudios de democracia hasta las propuestas del exocerebro, pasando por la antropología visual del salvaje y los estudios sobre (pos)nacionalismo, recorre e integra todos estos dominios, entregando una visión orgánica de las relaciones entre cultura, política y arte, aunque aun inevitablemente atravesada por tensiones y conflictos que su obra no pretende ni negar ni resolver. Esta agenda de integración de los saberes es descrita por Sousa Santos como una ecología del conocimiento en la que epistemologías alternativas a las dominantes encuentran posibilidad de supervivencia y diálogo equitativo con los saberes oficiales y en las que las distintas áreas del conocimiento interactúan de manera libre y productiva. Los estudios de Roger Bartra ilustran ejemplarmente esta estrategia, inaugurando nuevos e innovadores intercambios entre los diversos dominios culturales, reencantando, en este sentido, el mundo del saber y dando lugar a formas insospechadas de interlocución y debate. ◀

*Mabel Moraña es, junto con Ignacio Sánchez Prado, coordinadora de Democracia, otredad, melancolía. Roger Bartra ante la crítica.*

